

Borges, Carpentier y Ortega: Notas sobre dos textos olvidados

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA
Yale University

De los escritores modernos en lengua española, Borges Carpentier y Ortega son de los que más se han preocupado por la relación entre la literatura hispánica y la de Occidente, y de los que más han servido de «traductores» de lo escrito en otras lenguas. Leer a Ortega hoy en su contexto, como ha hecho con admirable minuciosidad Ciriaco Morón Arroyo, es dibujar el mapa del pensamiento europeo contemporánea¹. La importancia de la labor de Ortega estriba sobre todo en haber diseminado y re-escrito la filosofía alemana en términos hispánicos, poniéndola al alcance de literatos españoles e hispanoamericanos. La nota de Carpentier que reproducimos aquí da amplia noticia del impacto que tuvo Ortega en América en la época de las vanguardias, no sólo con su propia obra, sino con las que inspiró a otros a escribir o traducir. En muchos sentidos el periodismo de Carpentier, del que surge esa nota, está determinado por el de Ortega. Erudito como pocos, Carpentier practica un periodismo culto, refinado, al estilo del de Ortega, sobre todo en las crónicas «Desde París», que publicó por espacio de más de diez años en el semanario ilustrado habanero *Carteles*². El parecido no reside simplemente en el tono sino en el método mismo: como Ortega, Carpentier quiere sorprender, en las minucias de lo cotidiano, temas de vasto alcance estético, histórico y filosófico. Ambos cultivan

¹ *El sistema de Ortega y Gasset* (Madrid, Ediciones Alcalá, 1968).

² La colaboración de Carpentier en *Carteles* duró, *strictu sensu*, de 1923 a 1948. Pero fue durante sus años en París que Carpentier colaboró de forma más asidua a la revista: es decir, entre 1928 y 1939.

un cierto diletantismo, pasando de lo efímero a lo trascendental con una superficialidad muchas veces ilusoria. Borges es muy distinto en el estilo, aunque también ha practicado a veces ese mismo tipo de periodismo. Por tanto, Ortega como Carpentier y Borges desempeñan labores similares: insertar en la lengua española diálogos iniciados en otras. La referencia a «diálogo español» en el texto de Borges que aquí se reproduce no hay que tomarla al pie de la letra; el diálogo que Ortega inició fue hispánico.

La boga existencialista que promovió el propio Ortega en un momento dado de su carrera, hace difícil hoy calibrar la importancia de ese diálogo, y mucho más difícil situarlo históricamente³. El esfuerzo por destacar la debatible primacía de Ortega en esa tendencia filosófica conduce a una lectura anacrónica de la obra total del filósofo: se lee a todo Ortega en función del tan (mal)llevado y traído concepto del «yo y mi circunstancia». Pero el Ortega existencialista no es el importante para el diálogo hispánico de que hablamos al referirnos a Borges y Carpentier. El Ortega crucial para ese diálogo es el de los años veinte, que enfrenta, en español, a Hegel y Spengler, y reinicia así la polémica sobre la universalidad o particularidad de la cultura hispánica. Ya en otra ocasión me he ocupado de este tema con más espacio⁴. Baste añadir a lo dicho que uno de los primeros libros de Borges, *Historia universal de la infamia*, moviliza en su título tres términos de claras resonancias hegelianas⁵. ¿No es *Historia universal de la infamia* una parodia de la *Filosofía de la historia*?

La diferencia fundamental entre Borges, Ortega y Carpentier es, pues, la manera en que se insertan en el diálogo con la cultura occidental. En Ortega bulle siempre el deseo de hacer universal la cultura hispánica, aunque el cómo hacerlo varía en diversos momentos de su obra. El estilo de Ortega, que Borges critica en su nota y Carpentier alaba en la suya, es el signo más evidente de ese deseo de universalidad. Ortega hispaniza con éxito notable todo un lenguaje filosófico de ascendencia alemana. Pero Ortega escribe como si el español no fuese, desde el siglo XVIII, una lengua mar-

³ El por otra parte utilísimo libro de Barbara Bockus Aponte, *Alfonso Reyes and Spain: His Dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna*. (Austin, University of Texas Press, 1972), adolece de este defecto en el capítulo sobre Ortega. Para un panorama claro de la evolución del pensamiento de Ortega y sus relaciones con el europeo, ver Ciríaco Morón Arroyo, *op. cit.*

⁴ Roberto González Echevarría, *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home* (Ithaca, Cornell University Press, 1977).

⁵ La *Filosofía de la historia* apareció en 1928 en traducción de José Gaos, editada por la editorial de la *Revista de Occidente*. Me reservo para otro trabajo la confrontación de los textos de Hegel y Borges.

ginada de esa tradición filosófica, por eso el tono artificial que a veces tiene su prosa. El cosmopolitismo estilístico de Ortega flota en el vacío filosófico hispánico de más de dos siglos; es una flor de invernadero, toda una metáfora que encubre precisamente la falta de tradición filosófica en español.

Borges acepta la marginalidad. Su estrategia en ese diálogo que mencionamos es escribir como si lo hiciera desde dentro de la tradición occidental, pero sólo para minarla, reduciéndola a fragmentos dispersos. En español, parece decirnos Borges, sólo podemos escribir comentarios, glosas, notas; pero tal vez la cultura occidental misma no sea otra cosa, si ésta es reducible a fichas de un diccionario o una enciclopedia. El modelo estilístico de Borges —la parquedad antirretórica inglesa— es de por sí un indicio de cómo se inscribe el argentino en la tradición occidental. Inglaterra representaba la marginalidad dentro de Occidente, un escepticismo casi programático ante los vastos sistemas de pensamiento continentales, moldeados en la forma de la retórica clásica.

Carpentier pasa por varias etapas: una en que opone lo nativo americano a lo europeo, otra en que intenta rescatar toda una conciencia americana autóctona que es producto de las fusiones de culturas que se dan en el Nuevo Mundo, y por último, otra en que esa fusión no es origen, sino condición permanente, nunca sintética, amalgama de girones y retazos⁶. Lo más interesante de Carpentier en este respecto es su «lucha amorosa» con la tradición occidental, particularmente la francesa. El estilo arcaizante y recargado de Carpentier es un rechazo de la Modernidad, motivado paradójicamente por el pensamiento moderno. Hay una simetría inversa entre la abstinencia estilística de Borges y la proliferación verbal de Carpentier: en Borges hay una metonimia sistemática de toda la cultura, en Carpentier un esfuerzo por crear una metáfora total de ésta. En Borges los elementos de la cultura son fragmentos, partículas enlazadas por una contigüidad arbitraria y delirante que alude a un todo cuya existencia niega. En Carpentier el todo existe por acumulación de elementos que son cada uno como los otros hasta convertir la totalidad en conglomerado, en amalgama. La pretensión de sistema en Carpentier y el carácter metafórico de su escritura lo hace más afín a Ortega; sólo que la escritura orteguiana es Neoclásica, con giros de academia, mientras que la de Carpentier pretende ser pre-académica, es decir, barroca.

Los dos textos que reproducimos aquí fueron escritos a raíz de la muerte de Ortega en 1955. El de Carpentier apareció en «Letra

⁶ Para más detalles, ver mi *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*, op. cit.

y Solfa», columna que publicó casi diariamente en *El Nacional* de Caracas entre 1950 y 1960⁷. Carpentier se había referido a Ortega y a la *Revista de Occidente* en otras ocasiones en su columna en términos similares. Más recientemente, dada su propia evolución política, y recordando tal vez la del filósofo, Carpentier ha negado casi todo lo escrito en 1955. Pero ese texto (y otros de los años veinte) es terminante⁸. La nota de Borges fue escrita en respuesta a la petición de José Rodríguez Feo, director de la revista *Ciclón*, y fue incluida en el número dedicado al filósofo en ocasión de su muerte. Es probable que la postura tan negativa de Borges ante Ortega obedezca, además de a los factores que él confiesa, a las polémicas que

⁷ Hay una recopilación muy deficiente de textos de la columna de Carpentier hecha por Alexis Márquez Rodríguez: *Letra y Solfa* (Caracas; Síntesis Domsil, 1975). El recopilador no incluye el texto sobre Ortega que se reproduce aquí, ni muchos otros sobre Borges, Asturias y otros escritores hispanoamericanos, agrupa los textos que sí incluye según vagas categorías temáticas, y las pocas notas que no me son esclarecedoras. El libro es útil, sin embargo, dado que *El Nacional* de Caracas está en pocas bibliotecas. En una *Guía bibliográfica* a Carpentier que preparamos Klaus Müller-Bergh y yo aparecerán registrados los títulos de todos los textos de *Letra y Solfa*.

⁸ Dice Carpentier en 1975: «Y como hablábase mucho, entonces, de un problema de *deshumanización* del arte, planteado por Ortega y Gasset, advertí de pronto que, equivocándose en éste como se había equivocado ya en muchas otras cosas, Ortega había planteado el problema en falso. Tonto y vano era hablar de *deshumanización* del arte, cuando el verdadero problema planteado por las violaciones históricas de la época era de la *Humanización* o *Deshumanización* del artista.» «Han terminado para el escritor cubano los tiempos de soledad, para él han comenzado los tiempos de *solidaridad*» (palabras de agradecimiento al Comité Central del P[artido] C[omunista de] C[uba]), *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3.ª época, vol. 17, núm. 1 (enero-abril 1975), p. 20. Pero en 1928 Carpentier había escrito una defensa de *La deshumanización del arte* que estaba muy a tono con sus actividades de promotor del arte nuevo, en particular la música nueva: «Para el buen burgués, los artistas de mi generación resultan iconoclastas por juego: parecen individuos peligrosamente incrédulos para los cuales la vida carece de un sentido profundo [...]. Sin embargo, quien haya observado, siquiera ligeramente, los resortes que mueven el orden de ideas impuesto por las mentalidades de post-guerra, verá que deben su lozana flexibilidad a una fe intensa, a un concepto casi religioso de las actividades intelectuales. [...] Todo el esfuerzo de los intelectuales contemporáneos tiende a dar mayor dignidad a la concepción estética. En el fondo, quienes acusan a los nuevos de *deshumanizar* el arte, protestan contra la extracción de una broza humana —sensibiliería, intriguillas hogareñas, psicología de cocido familiar— que lo inutilizaba para batir verdaderos *records* de altura.» «En la extrema avanzada: algunas actitudes del "Surrealismo", *Social* (La Habana), diciembre de 1928, p. 38. En «Letra y Solfa» Carpentier había elogiado a Ortega y la *Revista de Occidente* en «Fiebres de primavera», «Letra y Solfa», *El Nacional*, 18 de julio, 1951, p. 12, y «El porqué de cierta añoranza», *ibid.*, 26 de septiembre, 1953, p. 34.

suscitó el filósofo con su viaje a la Argentina y las opiniones que luego expresó sobre la vida intelectual en ese país⁹. La preferencia de Borges por Unamuno, por otra parte, parece ser típica de los escritores hispanoamericanos. Vasco, Unamuno hacía alarde de una marginalidad problemática con respecto a lo español, a la que no podían ser insensibles los hispanoamericanos; no se permitía, además, el paternalismo altanero de que a veces adolecía Ortega, y su interés por lo hispanoamericano era más genuino. Aún así, pese a las divergencias y los rechazos, la influencia de Ortega fue de mayor alcance que la de Unamuno.

ORTEGA Y GASSET

Con motivo de la muerte de José Ortega y Gasset, otros, más especializados en el estudio de su pensamiento —tal Juan David García Bacca, que ya le consagró un enjundioso estudio en su libro *Nueve Grandes Filósofos contemporáneos y sus temas*— hablarán del filósofo y también del escritor que manejó la prosa castellana con señera maestría. «Inagotable» —como decía Novalis que es todo hombre grande— resultará Ortega y Gasset para quienes, en estos días, emprendan el análisis de su obra múltiple —obra «a la que nada humano fuera ajena», parafraseándose, en tal caso, la noble frase renacentista (la frase es de Terencio). Por lo mismo, permaneciendo en el terreno personal de mis recuerdos, creo oportuno evocar hoy lo que significó Ortega y Gasset para los hombres de mi generación, en América Latina, y no sólo por sus libros, sino también por sus actividades de animador y de informador —por sus tareas de maestro, en suma, cuyo relumbre los alcanzaba en esta orilla del Océano— haciéndoles cobrar conciencia de la época en que vivían, con el conocimiento de las modernas corrientes de ideas y de las inquietudes nuevas que surgían en el campo de la literatura y de la política.

Algo provinciana era nuestra cultura, hacia los años 25, cuando los escritos de Ortega y Gasset comenzaron a circular en América. Nos habíamos quedado un tanto rezagados, en cuanto [a] la vida intelectual francesa, demorando en un terreno muy dominado por autores que los hombres de la post-guerra desechaban. En lo que se refería al pensamiento filosófico alemán, permanecíamos en los días anteriores a la contienda de 1914. De la nueva literatura rusa, nada sabíamos. Y en lo que se refería a España, no eran los escritores más representativos de una generación nueva —que mucho habría de darnos— los que llegaban a las librerías de América, sino más bien aquellos que mejor podían contribuir a darnos una falsa

idea de lo que entonces ocurría en Madrid... Primero descubrimos los ensayos recogidos en los tomos de *El Espectador*, antes de pasar a *La España Invertebrada*, *La Rebelión de las masas*, y otros libros que ejercieron pronto, sobre nosotros, una suerte de fascinación. Algunos advertían, acaso, que ciertos conceptos fijados en *La Des-humanización de lArte*, cierta teoría («concentración hacia [a]fuera, concentración hacia [a]dentro») expuesta en *Musicalia*, eran contrariados a veces por el rápido desarrollo de las tendencias artísticas del momento, siempre modificadas por algún viraje imprevisto. Pero, en esos libros, en esos ensayos, se nos hablaba de lo que queríamos saber: eran «temas de nuestro tiempo», los que eran tratados por Ortega y Gasset. Lo que equivalía a decir: los que más nos apasionaban, los que más contribuían a que cobráramos conciencia de los problemas destinados a afectarnos directamente. Nada de lo que nos concernía era soslayado, y aun cuando comenzáramos a discutir ciertas ideas del maestro acerca del arte, la discusión nos dejaba enriquecidos, situados en un terreno de entendimiento común, por cuanto eran esos los problemas y no otros los que caracterizaban la época que nos tocara vivir.

La [sic] *Revista de Occidente*, fue, durante años, nuestro faro y guía. Estableció un nuevo orden de relaciones intelectuales entre España y América Latina —relaciones de las que surgieron empresas tan fecundas como la «Institución Hispano-Cubana de Cultura», que presidía don Fernando Ortiz. Sus páginas eran ventanas abiertas sobre todo un pensamiento, ayer ignorado de quienes no fuesen lectores especializados, que se nos mostraba por vez primera. ¿Cuántos autores alemanes, ingleses, franceses; cuántos filósofos; cuántos historiadores del arte, no conocimos gracias a *La [sic] Revista de Occidente*, cuyas entregas nos revelaban, además, los nombres de lord Dunsany, de Georg Kaiser, de Franz Kafka, del Cocteau de *Orfeo* —toda una dramática, toda una cuentística—, sin olvidar, para quienes se interesaban en los problemas de la música, los primeros ensayos de Adolfo Salazar? ¿Y en cuanto a las ediciones de la revista? Fueron las primeras en presentarnos novelas de Vsevolod Ivanov; de Leonoff; de Babel, sin olvidar ciertos escritos fundamentales de Worringer y Vossler... Recuerdo que algunos de nuestros mayores se alarmaban ante lo que consideraban como una «germanización» de nuestra cultura, cada vez más afecta al ensayo, al estudio detenido, a la reflexión en torno a un tema cotidiano —tema tan simple, a veces, como el de la utilidad del marco en la pintura, que había sugerido a Ortega una de sus más interesantes meditaciones. El filósofo hubiera podido responder a nuestros mayores en aquellos días, con una frase suya: «¿La oscuridad alemana? ¿La

claridad latina? ¡Mitos! Cuando habláis de claridad latina, decid más bien espíritu superficial.»

La influencia de Ortega y Gasset en el pensamiento, las orientaciones artísticas y literarias, de los hombres de mi generación, fue inmensa. Nos hizo razonar, nos planteó problemas, nos hizo discutir. Y en cuanto al animador: tómese una colección de *La [sic] Revista de Occidente*. Sigue siendo la mejor revista literaria y filosófica en lengua española que haya existido. ¿Y en cuanto a la biblioteca? Aún nos atenemos a ella cuando necesitamos de ciertos textos que presentó a los lectores de nuestro idioma, sentando normas de edición que siguen en pie, por inmejorables.

ALEJO CARPENTIER

«Letra y Solfa», *El Nacional* (Caracas),
20 de octubre, 1955, p. 1

NOTA DE UN MAL LECTOR

Ortega continuó la labor iniciada por Unamuno, que fue de enriquecer, ahondar y ensanchar el diálogo español. Este, durante el siglo pasado, casi no se aplicaba a otra cosa que a la reivindicación colérica o lastimera; su tarea habitual era probar que algún español ya había hecho lo que después hizo un francés con aplauso. A la mediocridad de la materia correspondía la mediocridad de la forma; se afirmaba la primacía del castellano y al mismo tiempo se quería reducirlo a los idiotismos recopilados en el *Cuento de cuentos* y al fatigoso refranero de Sancho. Así, de paradójico modo, los literatos españoles buscaron la grandeza del español en las aldeanerías y fruslerías rechazadas por Cervantes y por Quevedo... Unamuno y Ortega trajeron otros temas y otro lenguaje. Miraron con sincera curiosidad el ayer y el hoy y los problemas o perplejidades eternos de la filosofía. ¿Cómo no agradecer esta obra benéfica, útil a España y a cuantos compartimos su idioma?

A lo largo de los años, he frecuentado los libros de Unamuno y con ellos he acabado por establecer, pese a las «imperfectas simpatías» de que Charles Iamb habló, una relación parecida a la amistad. No he merecido esa relación con los libros de Ortega. Algo me apartó siempre de su lectura, algo me impidió superar los índices y los párrafos iniciales. Sospecho que el obstáculo era su estilo. Ortega, hombre de lecturas abstractas y de disciplina dialéctica, se dejaba embelesar por los artificios más triviales de la literatura que evidentemente conocía poco, y los prodigaba en su obra. Hay

mentes que proceden por imágenes (Chesterton, Hugo) y otras por vía silogística y lógica (Spinoza, Bradley). Ortega no se resignó a no salir de esta segunda categoría, y algo —modestia o vanidad o afán de aventura— lo movió a exornar sus razones con inconvincentes y superficiales metáforas. En Unamuno no incomoda el mal gusto, porque está justificado y como arrebatado por la pasión; el de Ortega, como el de Baltasar Gracián, es menos tolerable, porque ha sido fabricado en frío.

Los estoicos declararon que el universo forma un solo organismo; es harto posible que yo, por obra de la secreta simpatía que une a todas sus partes, deba algo o mucho a Ortega y Gasset, cuyos volúmenes apenas he hojeado.

Cuarenta años de experiencia me han enseñado que, en general, *los otros* tienen razón. Alguna vez juzgué inexplicable que las generaciones de los hombres veneraran a Cervantes y no a Quevedo; hoy no veo nada misterioso en tal preferencia. Quizá algún día no me parecerá misteriosa la fama que hoy consagra a Ortega y Gasset.

JORGE LUIS BORGES

Buenos Aires, enero de 1956

Ciclón (La Habana), vol. 2, núm. 1 (enero 1956), p. 28